



Carta del Presidente

Se podría pensar que 2020 fue un choque de trenes a cámara lenta dividido en 365 secuencias, pero no fue exactamente así. Desde luego fue un año muy difícil, pero también un año de problemas resueltos, esperanzas sostenidas y desafíos aparentemente insuperables cumplidos. Así ha sido para el sector bancario y para la Asociación Española de Banca.



La crisis del coronavirus, tan peculiar y distinta a otras vividas anteriormente, brindó a nuestros bancos la oportunidad de demostrar hasta qué punto estaban y están comprometidos con el devenir de la sociedad española y hasta qué extremo su contribución resulta vital para el buen funcionamiento de la economía. Nuestras entidades mostraron también que están bien preparadas y cumplen con eficacia la función que se les ha encomendado: financiar a familias y empresas y desarrollar sistemas de pagos ágiles y eficaces.

Para muchos de nosotros todo esto era de sobra conocido. Sabíamos que teníamos un buen sistema bancario y que la larga travesía recorrida desde la crisis financiera internacional nos había dejado entidades más sólidas y preparadas. Pero también es cierto que aquella crisis se saldó con una percepción colectiva de los bancos muy distorsionada y -por qué no decirlo- tremendamente negativa. Durante todos estos años hemos tenido que bregar con este costoso lastre en términos de aceptación social, y también económicos. Nuestras entidades se han esforzado y siguen haciéndolo por mejorar esa percepción, un proceso que está siendo largo y lento. Para este mal -lo hemos comprobado- no hay bálsamo de Fierabrás que valga, pues, como decíamos en nuestra Memoria del año pasado, el buen hacer de los bancos trabajando en interés de sus clientes es la mejor forma, si no la única, de ganar esta batalla.

Y ese trabajo callado, detrás del que se esconde el esfuerzo diario de miles de trabajadores y directivos de banca, es el que se ha podido ver con toda nitidez durante la crisis sanitaria que está azotando al planeta. La pandemia ha ofrecido a la sociedad española la oportunidad de crecerse en la adversidad y eso es precisamente lo que ha hecho el sector bancario hasta un punto que todavía aún nos asombra. Quiero recordar como de la noche a la mañana todos los empleados de banca fueron enviados a sus casas, salvo algunos pocos que se quedaron en primera fila para seguir atendiendo a los clientes de forma presencial, y todas aquellas enormes maquinarias financieras siguieron funcionando a la perfección, sin el más mínimo incidente. Aquello era banca online a gran escala, un experimento que no estaba previsto realizar ni siquiera como simulacro, pero para el que nuestros bancos resultaron estar perfectamente preparados. Los clientes pudieron disponer de sus depósitos, hacer sus pagos y realizar sus operaciones habituales.

Además, nuestras entidades se pusieron enseguida en marcha para ver cómo podían echar una mano en esas trágicas circunstancias. En primer lugar, se trataba de ayudar a las empresas a subsistir. Había que hacerles llegar la liquidez suficiente y de forma muy rápida para permitirles aguantar el primer embate de la paralización de la actividad. Con la inestimable colaboración del ICO y del Tesoro Público, nuestros bancos han hecho llegar más de 120.000 millones de euros

a casi un millón de empresas, de ellas un 98% pymes, lo que permitió salvar del cierre definitivo a miles de empresas en los primeros meses de la crisis.

También fue muy relevante la puesta en marcha de moratorias sectoriales, como complemento de las públicas, que contribuyeron a aliviar la situación financiera de cerca de un millón y medio de familias y autónomos. Nuestros bancos se pusieron asimismo a disposición de las Administraciones Públicas para agilizar los pagos a pensionistas y perceptores de las prestaciones de los ERTes. Como resultado de todo ello, la confianza de los clientes en sus bancos ha aumentado notablemente y es lógico que así sea si nos paramos a pensar qué hubiera ocurrido en los meses más duros del confinamiento si los bancos no hubieran podido acudir en ayuda de sus clientes.

La prolongación de la pandemia más allá de lo esperado, con tres olas de contagio ya sobre nuestras espaldas, junto con la distribución de vacunas eficaces, configuran un escenario económico y financiero en el que el apoyo a las empresas para sobrevivir el invierno del contagio y llegar al otoño de la victoria resulta esencial. Es por ello que nuestras entidades han estado colaborando con el Tesoro Público para ayudar a nuestros clientes con medidas como la ampliación de las moratorias sectoriales -hipotecarias y de préstamos al consumo- o el aumento del periodo de carencia y los plazos de amortización de los préstamos con aval del ICO. El paquete de ayudas a las empresas que aprobó el Gobierno el pasado 12 de marzo, con un especial énfasis en las ayudas directas, es un paso, no ya necesario, sino imprescindible para limitar el daño al tejido empresarial y asegurar una recuperación vigorosa. De nuevo, los bancos tendrán un papel relevante para financiar la recuperación de la economía.

El sector es muy consciente de que la gestión de la morosidad será uno de los principales desafíos que tendrá que enfrentar a partir de 2021. Por suerte, nuestras entidades afrontan estos momentos con balances saneados después del gran esfuerzo realizado en años pasados y en particular en 2020, en el que dedicaron una parte muy importante de sus resultados a saneamientos, a lo que contribuyó la cancelación de parte de los dividendos, *bonus* y otras retribuciones variables. Pese a estas mejoras, no nos llamamos a engaño: el ejercicio 2021 presenta desafíos de gran calado para nuestros bancos. Por un lado, deben hacer frente a una coyuntura económica plagada de incertidumbres, pues la recuperación económica depende del ritmo que se imprima al control de la pandemia.

No obstante, la economía española, como todas las europeas, cuenta a su favor con dos factores fundamentales. Por un lado, el apoyo del Banco Central Europeo (BCE) que está permitiendo tanto a los agentes privados como al propio sector público, hacer frente a esta situación con unas condiciones financieras muy favorables. El segundo factor es, sin duda, el programa de ayudas europeas conocido como *Next Generation EU*, por el que se prevé inyectar en la economía española 140.000 millones de euros entre transferencias y préstamos, de ellos 72.700 millones no reembolsables. Esta dotación económica, equivalente al 11% del PIB, servirá para financiar a partir de 2021 proyectos dirigidos a la transformación digital, la reindustrialización y el pacto verde a favor de energías limpias. En esta ocasión Europa ha reaccionado con prontitud. Pero la responsabilidad, no nos engañemos, recae sobre nosotros mismos. Tenemos por delante una oportunidad única para modernizar el modelo productivo español y acometer las reformas tantos años postergadas, que no podemos desperdiciar si queremos salir de esta crisis con una economía más fuerte, competitiva e inclusiva.

En esta tarea de la gestión de las ayudas europeas, nuestros bancos han ofrecido su experiencia y medios para dotar de la mayor eficacia a los procesos de selección y distribución de estos fondos. Nuestras entidades han demostrado, durante la asignación de los créditos con aval del



ICO, que tienen la capacidad para llegar con gran rapidez y eficacia a quien más lo necesita, pues conocen bien a sus clientes, y que son expertas en analizar los riesgos y ponderar proyectos empresariales. El programa *Next Generation EU* es una oportunidad única para conectar el sector público y el privado en un objetivo común, con lo que ninguna institución ni empresa puede quedar excluida.

Por otra parte, nuestras entidades están perfectamente alineadas con los objetivos marcados por la Comisión Europea en su programa *Next Generation EU*. La digitalización y la sostenibilidad, ejes estratégicos del programa europeo, han formado parte esencial de la estrategia de nuestros bancos en los últimos años y siguen haciéndolo. Los bancos españoles son líderes en la transformación digital, como lo mostraron durante el confinamiento, gracias a la apuesta que hicieron hace tiempo para digitalizar su actividad, lo que ha implicado años de preparación, aprendizaje y cuantiosas inversiones. Este proceso en absoluto ha terminado. Muy al contrario, la pandemia ha acelerado la digitalización en todas las áreas de actividad y también en la financiera, lo que obligará a nuestras entidades a acortar los plazos previstos en asuntos tales como la computación en la nube -*el habilitador esencial de toda la transformación digital*- *el e-learning*, la inteligencia artificial, el tratamiento de datos, que constituyen la materia prima de esta tercera revolución industrial, y muy especialmente en todo lo relacionado con la ciberseguridad.

Es evidente que éste es el gran desafío de nuestro sector en los próximos años, del que depende en gran medida su supervivencia. No se trata solo de responder a la creciente demanda por parte de los clientes de servicios y productos financieros digitales de calidad, seguros y a buen precio, sino de hacer frente a los nuevos operadores financieros provenientes del entorno digital, desde las ágiles y creativas Fintech a los gigantes tecnológicos que compiten de forma desleal al no estar sometidos a la exigente regulación y supervisión bancaria. En este terreno, es bien conocida nuestra defensa a ultranza del concepto de "a igual actividad e iguales riesgos, igual regulación y supervisión", una idea que va calando en las autoridades financieras, pero que no acaba de plasmarse en una regulación más justa y un terreno de juego más equilibrado. Por último, tengo que señalar que la digitalización es una palanca clave para optimizar la gestión de costes y mejorar así la rentabilidad de nuestra industria, la gran asignatura pendiente de los últimos años. Cada entidad tendrá que adaptar su proceso de digitalización a las particularidades de su actividad, de forma que pueda configurar el modelo de negocio más adecuado para hacer frente a las nuevas condiciones del mercado.

La crisis del COVID-19, lejos de ralentizar el proyecto global para avanzar hacia una economía más sostenible, ha hecho lo contrario gracias a la decidida voluntad de la Comisión Europea de relanzar la recuperación de la economía de la Unión en base a los tres pilares mencionados: la digitalización, la inclusión social y la sostenibilidad. Se nos propone avanzar hacia una Unión Europea verde, digital, social y más resistente, lo que tiene toda la lógica porque si vamos a construir algo nuevo, hagámoslo sobre bases de futuro y no sobre elementos que ya han quedado obsoletos. Creemos que el sector bancario está llamado a jugar un papel de primer orden como principal financiador de la llamada revolución verde. La Comisión Europea estima que Europa necesita alrededor de 260.000 millones de euros de inversión adicional al año durante la próxima década para afrontar este proceso y es evidente que la inversión pública no será suficiente, y los inversores privados deberán intervenir para financiar proyectos favorables al clima. Hasta ahora estas cifras no dejaban de ser estimaciones, pero el Plan *Next Generation EU* ha puesto inesperadamente sobre la mesa cuantiosos fondos para ser invertidos, lo que puede representar un empujón decisivo en la transición hacia un modelo sostenible.

En este terreno de la economía sostenible, los bancos españoles se están marcando objetivos y plazos muy exigentes. Con especial énfasis, están dirigiendo sus esfuerzos hacia las pymes, pues claramente son las que precisan más ayuda para incorporarse a este gran proyecto de la sostenibilidad y son en ellas donde las asociaciones del sector financiero han puesto el foco de la actividad a desarrollar a través de Finresp. Este Centro Financiero para la Sostenibilidad en España (Finresp), creado en 2019 por las principales asociaciones del sector financiero -AEB, CECA, Inverco, Unacc y Unespa- recibió en 2020 un notable impulso a través de distintas iniciativas, como la constitución de un Consejo de Expertos de alto nivel y la conformación de una red de colaboradores.

Sería muy prolijo enumerar todos los proyectos y objetivos en los que están embarcadas nuestras entidades, pero lo que resulta ya imprescindible es que las autoridades empiecen a unificar criterios, estándares, normas y líneas de actuación para hacer esta transición más rápida, sencilla y con menos costes asociados. La urgencia de la tarea no implica regular de forma acelerada y poco meditada. En realidad, con esta regulación nos jugamos mucho. Nos jugamos que esta transición hacia una economía baja en carbono y más justa e inclusiva se quede en un mero intento o represente un cambio real, que mejore a largo plazo la vida de las personas y permita la conservación de los recursos naturales del planeta. En consecuencia, es necesario regular bien y evitar algunos de los errores en los que se incurrió en el reciente tsunami regulatorio de la industria financiera.

Sólo me queda señalar que debemos sentirnos orgullosos del trabajo realizado por nuestros bancos durante esta crisis sanitaria y económica sin precedentes y reiterar la disposición del sector a contribuir con todas sus capacidades a recuperar la senda de la prosperidad, la salud y el crecimiento económico. Debemos confiar en nuestras propias fuerzas y en el espíritu de superación que siempre ha mostrado la sociedad española en los peores momentos.

José María Roldán Alegre
Presidente